

Fernández de Córdova, Álvaro, *El roble y la corona. El ascenso de Julio II y la monarquía hispánica (1471-1504)*, Granada, Universidad de Granada, 2021, 651 págs. ISBN: 9788433869388

El último libro publicado por el prolífico profesor de la Universidad de Navarra, el Dr. Fernández de Córdova, será de una gran importancia. Da vértigo pensar que estamos “únicamente” ante la primera de las tres partes que conforman su segunda tesis doctoral, en este caso, sobre las relaciones de Julio II y Fernando el Católico.

Afirmamos que será de gran importancia porque nos encontramos ante un trabajo que necesariamente será obra de referencia a la hora de abordar las relaciones entre los monarcas hispanos y la Santa Sede. Más aún, cuando se trata de un período tan poco conocido, ya señalado hace unos años como un “tiempo de penumbra”. Para aquellos interesados en los primeros años del siglo XVI, es complicado en ocasiones moverse en el campo de la interpretación porque todavía falta mucho conocimiento de personas, hechos y redes, algo que no sucede para otros momentos previos o posteriores. Producto, quizás, de cortar la historia en rebanadas, como decía el maestro Le Goff.

Además de un apéndice documental, la obra se compone de tres grandes bloques. El primero de ellos (*La sombra del roble*) está dedicado a la figura del tempestuoso cardenal De la Róvere, coincidente en el tiempo su ascenso político con el de Fernando e Isabel. Para quienes no sean conocedores del personaje, estas páginas servirán para encuadrar y conocer mejor su escalada hacia el poder. El reino de Nápoles siempre aparece de fondo en unos años procelosos para los intereses españoles a finales de la centuria, con el futuro *Papa Terrible* siempre dando bandazos en lo político, ora colaborando con los reyes, ora incitando a los franceses a la guerra en el avispero italiano. Sintomático de la obra en su conjunto, el lector puede irse guiando con paso seguro por unos vaivenes políticos importantes, en ocasiones frenéticos, gracias a la pluma de Fernández de Córdova. Asimismo, resulta muy interesante ver cómo Juliano de la Róvere era capaz de tener una dinámica política totalmente temporizadora según la fortuna del momento y mostrar escaso empacho en cambiar de aliados según la situación lo requiriera. Concluye esta primera parte con un generoso espacio (unas 80 páginas) destinadas a los entresijos de las distintas influencias en Roma, especialmente a la hora de los cónclaves –principalmente el que lo elevó al solio–. Los movimientos de los embajadores en la Ciudad Eterna, principalmente las influencias de Rojas y del Gran Capitán, consiguieron finalmente aupar a este antiguo y ambiguo rival de los Reyes Católicos en el otoño de 1503. Queda patente en el marasmo de cartas, informes, intrigas y cambios rápidos de posición que el autor tiene un importante volumen de trabajo a sus espaldas sobre muchos de estos personajes, sin cuyo conocimiento sería complicado moverse entre la colmena de personas que influyeron en los distintos negocios.

Continúa el libro en las mencionadas dos siguientes partes y esto es necesario subrayarlo, son muchas páginas (unas 300) para un período muy breve (1503-1504).

En ellas se presenta con un detalle minuciosísimo los distintos avatares que fueron fraguando la política italiana de comienzos del quinientos, en una labor prácticamente de relojero. Así, Fernández de Córdova, tomando y cruzando noticias va desenmarañando el ovillo de unos años convulsos, marcados por las injerencias extranjeras, la molesta presencia de César Borja, Nápoles... y la muerte de la reina Isabel. Leyendo estas más de trescientas páginas, se pone en duda esa idea de la aceleración del tiempo en la época contemporánea. Quizás sea que todavía no se han puesto en el orden debido los numerosos avatares ocurridos en el pasado.

Arranca este segundo bloque, *El papa de Garellano*, con las primeras políticas de Julio II tendentes a transformar el modelo de senado cardenalicio en una corte centralizada. Analiza detalladamente los problemas de la *natio* española, muy numerosa pero descoordinada, sus apoyos y principales personajes. A pesar de lo que pudiera parecer, tras la muerte de Alejandro VI la presencia hispana siguió siendo muy importante en número y prestigio, así el pontificado juliano «no supuso por tanto un hiato» (p. 241). El siguiente punto de atención son los complicados funambulismos que tuvo que realizar para armonizar las deudas con franceses y españoles: a unos les debía su carrera cardenalicia y a los otros su elección. La política italiana, igual que en tiempos de Alejandro VI, era un complejísimo equilibrio en el que el propio papa intentaba también reafirmarse sobre sus feudatarios rebeldes. Nápoles sería de nuevo la fuente de los conflictos; el autor dedica unas páginas notables a estudiar los discursos que se imprimieron y circularon en aquel momento sobre los derechos de Fernando II al trono napolitano, aunque a priori no se tuviese claro si tomar posesión del mismo o restituirlo a los herederos de Ferrante.

El título de este capítulo viene precisamente por el giro en los acontecimientos que supuso la victoria del Gran Capitán en Garellano contra los franceses a finales de 1502. El mapa diplomático italiano se vio totalmente alterado con la inopinada derrota de Luis XII, intentando los distintos principados ganarse la amistad hispana. Esto, tal y como señala el autor, trastocó los planes de Julio II, quien intentaba mantener su postura de árbitro y garante de la paz entre cristianos. Faceta bastante ignorada por lo general, “cuyo legado suele reducirse al perfil guerrero de los últimos años de su pontificado” (p. 326).

El título del tercer capítulo, *Amistades fracturadas y sinergias eclesiales*, señala claramente lo que el lector va a encontrar, política eclesial y las simbiosis (y desencuentros) entre Roma y la corte española. Queremos reseñarlo porque de esta forma se ofrece una imagen completa de unas relaciones que, por interesar las más de las veces las cuestiones políticas entre papas y reyes, parecen quedar aparte los asuntos eclesiásticos. El caso napolitano es una muestra clara de esto mismo, ya que “patronato regio e investidura eran las dos caras de su dominio sobre Nápoles que esperaban ver confirmado por el papa” (p. 412). El caso de las Indias es palmario, pero no por ello menos complejo por más que se intentara crear una estructura *ex novo*; muchas decisiones se tomaron según la cantidad de apoyos fernandinos en la curia. También es importante constatar el apoyo pontificio a las medidas reformistas de los monarcas para el clero.

La política conformaba un todo en el que por más que en ocasiones se intenten separar distintos aspectos o protagonistas, siguiendo el hilo que expone Fernández de Córdova, queda meridianamente claro. La liga anti veneciana de Luis XII, Maximiliano I y Julio II atacaba a los intereses de los Reyes Católicos, aliados de la Serenísima; por otra parte, la libertad de César Borja fue un inconveniente impor-

tante y molesto amigo de los Reyes Católicos, quien terminaría siendo encarcelado y mandado a la península.

Tras las conclusiones, remata la obra una serie de documentos y 70 páginas de bibliografía. Varios aspectos quedan claros al acabar su lectura. Es una obra muy erudita, que emplea una cantidad de fuentes muy amplia y que, por ello mismo, es necesariamente muy densa en cuanto a sus contenidos. Entiéndase densa precisamente en la elevada concentración de información por página, porque el estilo generalmente es claro y certero. Quizás se eche en falta un índice final de personas, algo que convertiría el trabajo en una herramienta muy poderosa, ya que como avanzábamos al comienzo de estas líneas, posiblemente sea una obra de obligada consulta.

El libro, en palabras del autor, pretende ofrecer una perspectiva más global, rica y compleja de lo que fueron las relaciones hispano-pontificias en la transición del siglo XV al XVI. Lo pretende y, consideramos, lo alcanza plenamente. No sólo son los avatares políticos o las relaciones de embajadores: propaganda, rumores, complejas –y polémicas– ceremonias cortesanas, agentes informales, quejas y resquemores entre los propios agentes de los monarcas... *El roble y la corona* tiene una clara intención global o de ser lo más completa posible y parece sentar unas bases sólidas con las que poder interpretar correctamente un tiempo de penumbra que sin la larga y prolífica trayectoria de su autor, sería imposible concebir.

Jaime Elipe Soriano
Universidad Autónoma de Madrid
jaime.elipe@uam.es